

Apuntes sobre estudios culturales
(borrador 21/03/2009)

Eduardo Restrepo¹

“No pienso que el conocimiento es cerrado, pero creo que la política es imposible sin lo que he denominado un ‘cerramiento arbitrario’ [...] Es un asunto de posicionalidades”.

Stuart Hall (1992: 278).

Introducción

Estudios culturales es un término que cada vez más circula entre académicos y, en general, aparece asociado (positiva o negativamente) junto a otros como ‘posmodernidad’, ‘posestructuralismo’, ‘teoría postcolonial’ o ‘estudios de la subalternidad’. No en pocos casos, esta creciente circulación del término de ‘estudios culturales’ ha estado marcada por posiciones abiertamente encontradas entre sus más fervientes defensores y quienes no les encuentran mayor relevancia. No han faltado quienes les atribuyan un lugar epistémico privilegiado para las ciencias sociales del país y quienes los consideran simple y llanamente como una pasajera moda importada que apuntala el colonialismo intelectual asociada a las extravagancias de la jerga deconstructivista. Entre estas posiciones extremas, se han ido incubando no pocos malentendidos. Una caracterización de lo que constituye los estudios culturales permitiría abordar de forma más productiva estas pugnas y malentendidos.

No obstante, la caracterización de los estudios culturales no es tarea fácil ya que se encuentra plagada de múltiples disputas sobre cómo entender su especificidad, cómo trazar legítimamente su genealogía o cuál la relación con otras propuestas teóricas que circulan hoy en el mundo académico. Estas disputas no son sólo internas, esto es, entre quienes dicen hacer estudios culturales, sino también se han establecido por académicos e intelectuales que se posicionan por fuera (y, no pocas veces, abiertamente en contra) de los estudios culturales. Aunque no son exclusivas de los estudios culturales, estas disputas evidencian no sólo que internamente los estudios culturales no están tan osificados como otros saberes que se imaginan a sí mismos desde un naturalizado canon, sino que también colocan al descubierto cuan ‘molestos’ pueden ser para ciertas

¹ Profesor asociado. Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar. Universidad Javeriana. Email: restrepoe@javeriana.edu.co. Agradezco los juiciosos comentarios a un borrador de este texto realizados por Constanza Mendoza.

posiciones atrincheradas en supuestos epistémicos, teóricos o metodológicos que los estudios culturales ponen efectiva o imaginariamente en cuestión.

Existen al menos dos formas de encarar la caracterización de los estudios culturales. Una, que podríamos llamar *programática*, consiste en defender desde unos criterios argumentados su especificidad. Esta forma de proceder tiene la ventaja de perfilar claramente las distinciones de los estudios culturales con respecto a formaciones disciplinarias, a corrientes académicas y a elaboraciones teóricas con las que tiende a confundirlos. No obstante, realizar este ejercicio de caracterización puede ser problemática porque fácilmente tiende a confundirse con una posición prescriptiva que impone una particular concepción que se toma como paradigmática, obliterando la pluralidad y contextualidad que, como veremos, se considera una de sus características. Igualmente, un enfoque programático puede tender a idealizar prácticas que son mucho más complejas y sobre las que se presentan no pocas contradicciones y tensiones. La otra forma, que se podría llamar *etnográfica*, consiste en prestar más atención a las prácticas concretas, a los tópicos estudiados, a las publicaciones realizadas, a las intervenciones políticas desplegadas por quienes esgrimen hacer estudios culturales. Esta forma de proceder permitiría entender los estudios culturales en su complejidad y contrariedad, dimensionando las disputas y disensos desde los contextos de su enunciación.

Inclinándome por la forma programática, pero sin desconocer algunos elementos de orden etnográfico, trataré de cartografiar la especificidad del terreno de los estudios culturales, sin obliterar su contextualidad. En términos expositivos es quizás más acertado empezar, entonces, por aquellos rasgos sobre los que existe un mayor consenso, para adentrarse progresivamente en los terrenos movedizos de las disputas más airadas. Esta manera de proceder implica ir construyendo una cartografía de los estudios culturales a medida que se imagina su territorio. Cartografía ésta que no pretende domesticar los disensos, ya que en estos se encuentra uno de los aspectos más interesantes y fecundos de los estudios culturales. Más aún, el rechazo a establecer una definición cerrada y definitiva de los estudios culturales hace parte de uno de sus rasgos más preciados: “[...] una de las características distintivas de los estudios culturales es su antipatía a las definiciones congeladas que reemplazan el pensamiento creativo y previene la aplicación flexible” (Agger 1992: 75).

No obstante, la multiplicidad de versiones de lo que pueden ser los estudios culturales o su resistencia a una definición totalitaria y cerrada, no significa que cualquier cosa que se haga en su nombre cabe dentro de los estudios culturales: *no todo vale como estudios culturales*. Como se sostendrá más adelante, hacer estudios culturales es más complejo que citar a un grupo de autores o referirse a unas determinadas temáticas.

En Colombia, como en otros lugares antes y hoy, se puede registrar un creciente ‘oportunismo’ en el ‘río revuelto’ de los estudios culturales. Por un lado están quienes alegremente se piensan haciendo estudios culturales por el hecho de estudiar la ‘cultura’, de ser ‘transdisciplinarios’, o por elucubrar sobre la ‘globalización’, las ‘industrias culturales’ o la ‘gestión cultural’. Por el otro, no faltan aquellos que, indignados, se van lanza en ristre contra lo que se imaginan que son los estudios culturales desde su herida

disciplinar. Aquí se encuentran antropólogos que sienten que les ha sido arrebatado ‘su’ objeto o que consideran que los estudios culturales están de más, porque desde su propia disciplina se ha hecho o puede hacerse lo que estos pretenden; o los sociólogos e historiadores que, mirando por encima del hombro, se les ocurre que eso de los estudios culturales es demasiado *light* o postmoderno. También literatos, curadores y demás profesionales de la ‘alta cultura’ que consideran profanada la esteticidad y superioridad civilizacional de los objetos culturales que han cautivado su atención, por parte de unos estudios culturales que los articulan con sus contextos de producción (haciéndoles no más, pero tampoco menos, que cualquier otro producto cultural) y que los reconducen al mundanal escenario de las luchas de poder.²

No tanto como reacción a este creciente oportunismo, sino por la convicción de que la especificidad del proyecto intelectual y político de los estudios culturales importa y tiene mucho que aportar en este particular contexto, es pertinente clarificar que (precisamente por su apuesta por la pluralidad y contextualidad) “no todo vale”, “ni todo es igual” en los estudios culturales. Los estudios culturales no pueden ser lo que el capricho de cada quien establece que sean. Y aunque, como acertadamente es señalado por Mignolo, “Los estudios culturales no pueden identificarse con *una* agenda intelectual sea esta la de Raymond Williams o la de Stuart Hall, la de Larry Grossberg o de Néstor García Canclini” (2003b: 53), de ello no se deriva que *cualquier* agenda cabe dentro de los estudios culturales. Como lo argumentan Grossberg, Nelson y Treichler en su introducción a una de las primeras y de las más visibles compilaciones en este campo, publicada en los Estados Unidos:

“Todavía pensamos que importa cómo son definidos y conceptualizados los estudios culturales. Aunque la pregunta de ‘qué *son realmente* los estudios culturales’ podría ser imposible de especificar para todos los tiempos y lugares, consideramos que en un contexto dado, los estudios culturales no pueden ser simplemente cualquier cosa” (1992: 3).

Los planteamientos adelantados en este artículo son el resultado de años de discusiones con estudiantes y colegas del primer programa de postgrado de estudios culturales en Colombia en el cual me desempeñé como docente. Debates sobre la especificidad y pertinencia de los estudios culturales también han sido recurrentes con colegas (que se imaginan dentro o fuera de los estudios culturales) de otras universidades del país y de otros países de América Latina. Por tanto, el presente artículo lo entiendo como una puesta en limpio de una posición con respecto a estas discusiones y debates que espero contribuya a clarificar los términos de la disputa sobre los estudios culturales en el marco de su creciente presencia y consolidación institucional en Colombia.

² En discusiones con algunos de estos críticos, no ha dejado de sorprenderme su abierta ignorancia sobre la literatura más básica y clásica de los estudios culturales. Muchos no han atinado a enlistar un solo libro o artículo leído de estudios culturales. Casi todos reproducen acríticamente lo que en el libro de Carlos Reynoso (2000) se le cuestiona a los estudios culturales. Por eso en nuestro contexto intelectual, los malestares sobre los estudios culturales parten de unos imaginarios y prejuicios caricaturizantes y de segunda mano, antes que de un ejercicio serio de problematización de un campo sobre el cual uno se ha tomado el trabajo de conocer.

Perfilando consensos

Un paso importante en la caracterización de los estudios culturales consiste en identificar aquellos rasgos que sean más ampliamente compartidos por las diferentes vertientes y sobre los que habría mayor consenso como criterios que definirían el terreno de los estudios culturales. Es importante tener presente, sin embargo, que no todos los que se imaginan haciendo estudios culturales estarán de acuerdo en identificar estos cuatro rasgos. Tal vez pueden proponer otros más, o considerar que alguno (o varios) de los identificados hace parte más de una vertiente o un conjunto de vertientes de los estudios culturales. No obstante, los estudios culturales, como cualquier otra formación discursiva y dispositivo institucionalizado, no son simplemente cualquier cosa que los individuos se representen, incluso aquellos que supuestamente operan dentro de esta formación y dispositivo. Hay que recordar, igualmente, que en la identificación de estos rasgos lo que se tiene en mente es un abordaje más programático que etnográfico.

Distinción estudios culturales de estudios sobre la cultura

Aunque no es difícil encontrar gente que dice hacer estudios culturales por el mero hecho de que están interesados en estudiar fenómenos culturales contemporáneos,³ una de las distinciones más importantes para entender la especificidad de los estudios culturales radica en la diferencia tajante entre estudios *sobre* la cultura y estudios culturales. Para plantearlo de forma simple, digamos que los estudios sobre la cultura constituyen un amplio y contradictorio campo donde se encuentran disímiles encuadres disciplinarios, interdisciplinarios y transdisciplinarios que se refieren a la ‘cultura’ como su objeto de análisis. Desde esta perspectiva, entonces, lo que se ha dado en llamar antropología cultural, sociología de la cultura, crítica cultural y estudios culturales pertenecerían a este heterogéneo y amplio campo de los estudios sobre la cultura. Por tanto, no se podría confundir estudios culturales con estudios sobre la cultura ya que los primeros serían, a lo sumo, una parte o componente de los segundos.

Sin embargo, existen un par de imprecisiones que ameritan evitarse desde el principio en suponer que los estudios culturales deben ser pensados como una parte o componente de este campo de los estudios sobre la cultura. De un lado, los estudios culturales no son (o, al menos, no pretenden ser) simple y llanamente ‘estudios’ sino constituirse como una práctica intelectual con una clara vocación política. Del otro lado, la ‘cultura’ no es un simple referente “allá afuera en el mundo” del cual los estudios culturales tomarían un aspecto o nivel de análisis, mientras que otros saberes abordarían otros aspectos o niveles. En la caracterización que se realizará más adelante se profundizará en estos dos aspectos que son cruciales en clarificar la especificidad de los estudios culturales. Por ahora, baste con anotar que los estudios culturales no pueden ser confundidos con estudios sobre la cultura.

³ Como lo anota Catherine Walsh “En América Latina, todavía se confunden los estudios sobre la cultura con los estudios culturales [...]” (2003: 23).

Transdisciplinariedad

También existe un virtual consenso entre muchos de quienes hacen estudios culturales en que la transdisciplinariedad (o interdisciplinariedad en el vocabulario de otros) constituye uno de sus rasgos distintivos. Antes que disciplinarios, los estudios culturales establecerían sus intervenciones desde un encuadre transdisciplinario o, cuando menos, interdisciplinario. Esta transdisciplinariedad estaría dada porque para comprender las problemáticas y preguntas propias de los estudios culturales no basta con un enfoque o metodología de una de las disciplinas ya constituidas como la sociología, las ciencias políticas, la crítica literaria o la antropología. Así, las explicaciones de la cultura no se circunscriben a lo cultural (como tiende a hacer cierta antropología y otros reduccionismos culturalistas), sino que incorpora exterioridades como las relaciones sociales, el poder o la economía. No obstante, la transdisciplinariedad o interdisciplinariedad en los estudios culturales no se entiende como una mera yuxtaposición mecánica de dos o más disciplinas en una especie de simple sumatoria que en últimas mantendría incólume la identidad de cada una de ellas.

Ahora bien, pueden ser identificadas dos posiciones contrarias extremas con respecto a la relación entre esta transdisciplinariedad constitutiva de los estudios culturales y las disciplinas. De un lado, aquella posición que argumenta que la transdisciplinariedad de los estudios culturales significaría en la práctica una ‘declaración de muerte’ para las disciplinas o, cuando menos, a sus ‘versiones positivistas’ y fragmentantes de la ‘realidad’ (cf. Flórez 2000). Por tanto, desde esta posición, se consideraría a los estudios culturales como una privilegiada síntesis supradisciplinaria. De otro lado, estaría una posición que asumiría la transdisciplinariedad como una problematización para las disciplinas sin que ello implique su negación o supresión. En esta línea podrían interpretarse planteamientos como los de Santiago Castro-Gómez cuando argumenta que los estudios culturales deben ser pensados como un campo de articulación disciplinaria: “Los estudios culturales no son una ‘antidisciplina libre’ sino un área común de conocimiento que ha contribuido a una retroalimentación de las disciplinas, esto es, a una reestructuración de los paradigmas tradicionales” (Castro-Gómez 2003: 71).

Algunos antropólogos han afirmado erradamente (cf. Reynoso 2000) que los estudios culturales pretenden arrebatarle su ‘objeto de estudio’, esto es, la cultura. Los estudios culturales son interdisciplinarios (o, mejor aun, transdisciplinarios) porque su pregunta por las relaciones entre cultura y poder lo llevan más allá de una disciplina ya constituida sobre lo cultural como la antropología: “[...] la forma de su carácter interdisciplinario es configurado sobre el reconocimiento que mucho de lo que uno requiere para comprender las prácticas y relaciones culturales no es, en un sentido obvio, cultural” (Grossberg 1997: 236). Por tanto, la categoría de cultura de los estudios culturales no es equiparable a las categorías de cultura con las que ha operado el grueso de la antropología.

Si uno confunde el término o la palabra con los conceptos o categorías a las cuales refiere, entonces no comprenderá que el concepto de cultura de los estudios culturales no es una apropiación (ilegitima, seguramente desde la perspectiva de antropólogos como

Reynoso) de los conceptos de cultura adelantados por la antropología.⁴ Desde la antropología se han articulado categorizaciones de ‘cultura’ desde diferentes perspectivas teóricas en sus más de cien años de existencia institucional: difusionismo, evolucionismo, materialismo, ecología cultural, funcionalismo, estructuralismo, interpretativismo, posestructuralismo y performativismo, son algunos de las tantas etiquetas que han circulado para dar cuenta de estas diferencias a su interior. A pesar de estas diferencias, dos son los tipos de categorizaciones que se han impuesto: (1) la de cultura como modo de vida y (2) la de cultura como sistema de significados o el orden de lo simbólico.

Para ciertas tendencias de los estudios culturales la categoría de ‘cultura’ responde a una problemática definida por su articulación constitutiva con el poder y la representación. Esto es, no se interesa por la ‘cultura’ *en sí* como lo haría la antropología (u otros análisis culturalistas), sino por cómo se encuentra constitutivamente articulada con los dispositivos del poder (y de resistencia) concretos y que son de particular relevancia política para la comprensión e intervención en el presente. De ahí que el concepto gramsciano de hegemonía haya sido de particular relevancia en este tipo de análisis.

Los estudios culturales tampoco pretenden arrebatarse a la ciencia política su ‘objeto de estudio’. La noción de poder con la que se trabaja en estos estudios culturales no es la de las ciencias políticas que tiende a circunscribirse a los aparatos de estado, a la legitimidad del ejercicio de gobierno y a la institucionalidad de la política. Para los estudios culturales, el poder es más el ejercicio de ciertas relaciones de fuerza donde las subjetividades, corporalidades y espacialidades son producidas y confrontadas en diversas escalas (incluyendo las de la formación del estado, la nación y el sistema mundo, no sólo la filigrana de la individualidad o el lugar).

Politización de la teoría y teorización de lo político

Un tercer rasgo sobre el cual existe cierto acuerdo entre quienes realizan estudios culturales consiste en que no se imaginan como una labor exclusiva, ni sustancialmente, académica sino como una que se supone como *práctica intelectual* en una estrecha relación con intervenciones políticas concretas. El propósito no es el de la acumulación ampliada del conocimiento por el conocimiento mismo. No es el conocimiento ostentoso, el conocimiento-florero, el de la nota a pie de página o el enciclopédico, el que se considera relevante desde los estudios culturales. Al contrario, los estudios culturales constituyen una práctica intelectual que se articula políticamente en tanto “[...] buscan producir conocimiento que ayude a la gente a entender que el mundo es cambiante y que ofrezca algunas indicaciones en cómo cambiarlo” (Grossberg 1997b: 267). Esto es lo que Stuart Hall ha denominado la ‘vocación política’ o la ‘voluntad política’ de los estudios culturales.

⁴ El antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot (2003) no sólo establece esta distinción entre palabras y conceptos, sino que también hace un análisis del concepto de cultura en la antropología estadounidense y de cómo éste tiene grandes limitaciones en el imaginario social y político contemporáneo al articular un pensamiento racista desde un fundamentalismo cultural.

Considerar a los estudios culturales como práctica intelectual nos invita a no superponerla o subsumirla con lo académico. Esto no quiere decir que los estudios culturales no puedan ni pretendan estar en este ámbito de la academia sino que su horizonte de intervención y de existencia no se puede limitar al establecimiento académico. También es importante resaltar que su articulación política se conceptualiza en términos de *una* forma y no *la* forma de politizar la teoría y de teorizar lo político. Lo que se conoce como “teoría crítica” o Escuela de Frankfurt es otra forma de politizar la teoría y de teorizar lo político, pero no *la* forma de los estudios culturales. Si bien es cierto que, como lo indica Agger (1992), los estudios culturales son teoría crítica o no son, de esto no se deriva que entonces toda teoría crítica es estudios culturales.

Al igual que toda teoría crítica, los estudios culturales problematiza el imaginario positivista de un conocimiento por fuera de lo político (la tajante distinción entre hecho y valor, entre sujeto y objeto, así como la posibilidad de la neutralidad valorativa) para considerar que el conocimiento tiene sentido en tanto se articula con la transformación social, con un proyecto político. Pero los estudios culturales constituyen una particular modalidad de teoría crítica dado su específico estilo de práctica intelectual. No pretende ser una filosofía ni opera en los niveles de abstracción conceptual como lo hace la teoría crítica a la Frankfurt.

Los estudios culturales pretenden la rigurosidad en la argumentación en tanto se basan en análisis empíricos e investigación. Antes que pura especulación filosófica, los estudios culturales suponen ejercicios de investigación concretos, manejo de la bibliografía pertinente, trabajo de terreno y sobre fuentes documentales. Esto porque la comprensión de lo concreto en su especificidad y densidad no es reemplazable con simples elucubraciones teóricas ensimismadas y sin asideros en investigaciones específicas. Esto no quiere decir que los estudios culturales sean antiteóricos y que esgriman un empirismo ingenuo. Existe en los estudios culturales una sensibilidad teórica que no se puede confundir con el fetichismo teórico. No es lo mismo utilizar la teoría para la formulación de nuevos problemas y en el planteamiento de preguntas, estrechamente asociadas a análisis de lo concreto, que quedarse en la exégesis o esnobismo teórico.

De ahí que para los estudios culturales la teoría es contextualmente específica: “Si la teoría de uno le ofrece de antemano las respuestas porque dicha teoría viaja con uno a través de y en cada contexto, pienso que uno no está haciendo estudios culturales” (Grossberg 1997b: 262). La teorización relevante no es la de las alambicadas elucubraciones que en su abstracción angelical ya tienen todas las respuestas sobre el mundo. Desde esas abstracciones angelicales no hay que esforzarse intelectualmente, ni enlodarse desplegando las investigaciones y pesquisas concretas que sacan a flote el conjunto de articulaciones constrictivas de un suceso o de una práctica social, ni en tratar de vislumbrar sus amarres históricos estructurales. Y cuando se toman la molestia de ‘echarle una ojeada’ a los archivos o al terreno, lo hacen desde una *violencia epistémica* que les lleva simplemente a “encontrar” lo que ya se sabía de antemano. Nada más contrario al lugar y concepción de la teoría en estudios culturales. Con base en el trabajo sobre lo concreto, existe la posibilidad de articular formas de autoridad intelectual que, sin pretensión de totalidad o universalidad, sean consideradas como mejores formas de

entendimiento sobre el mundo. De ahí que no pueden considerarse como una apología al relativismo epistémico (y menos uno de corte culturalista).

Los estudios culturales tampoco entienden la teorización de lo político y la politización de lo teórico como una simple derivación de las políticas de la identidad de un sujeto subalternizado y/o anormalizado (ya sea racial, étnica o sexualmente). Para los estudios culturales lo político es contextualmente específico, esto es, los sitios, objetos y formas de las luchas de poder deben ser entendidos contextualmente. Las implicaciones políticas no están inscritas indisolublemente, de una vez y para siempre, en la ‘naturaleza’ de una posición o planteamiento. Lo que en un contexto puede ser políticamente progresista, puede en otro momento o contexto ser abiertamente reaccionario. El nacionalismo fue la fuerza que alimentó muchas de las luchas anticoloniales en África y Asia, pero también el ascenso del nazismo o de los fundamentalismos de la nueva derecha en Europa y los Estados Unidos. La apelación a la indianidad, subalternidad, a los derechos humanos, a las inequidades de género o al derecho al aborto desde ciertos movimientos sociales, es a menudo resistencia abierta al *status quo* pero, en otros contextos (o por eso mismo), puede operar como un aliado de fuerzas conservadoras y de derecha.

Los estudios culturales son sensibles a la contextualidad de lo político y a la necesidad de no obliterar el trabajo intelectual serio en las puertas de la fetichización de ciertas prácticas y actores que para muchos, en una facilismo político bastante extendido, mantienen fuera de todo escrutinio. “Pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad”, principio gramsciano que define este rasgo de la contextualización de lo político en los estudios culturales y su renuencia a sustituir el trabajo intelectual por lo moral o lo político. Es decir, que en nombre de una posición que se enuncia política o moralmente correcta (que se asocia en una correspondencia directa a sectores explotados, marginados y subordinados) el trabajo intelectual se reduce a celebrar y a hacer eco de lo que se considera “progresista” de una vez y para siempre. No opera el pesimismo del intelecto, no se escudriñan las complejidades, paradojas y tensiones de lo política y moralmente correcto.

Esto no significa que los estudios culturales se consideren a sí mismos como el paradigma o la panacea de la politización del trabajo intelectual y de la teorización de la agencia política:

“Pienso que los estudios culturales son una particular forma de contextualizar y politizar practicas intelectuales. No obstante, los estudios culturales no son una panacea intelectual, ni siquiera un nuevo paradigma intentando desplazar todos los competidores. No son el único cuerpo importante de trabajo político-intelectual, tampoco el único enfoque comprometido con la interdisciplinaridad [...]” (Grossberg 1997: 246).

Contextualismo radical: anti reduccionismo y teorización sin garantías

Otro rasgo sobre el que puede identificarse consenso entre no pocos practicantes de los estudios culturales consiste en que se considera que estos deben ser pensados como una reacción a las diferentes modalidades de reduccionismo: “[...] como proyecto los estudios culturales buscan prácticas capaces de acoger la complejidad y la contingencia, y de evitar cualquier especie de reduccionismo” (Grossberg 2006: 47). Reacción a los reduccionismos de aquellas expresiones del economisismo, del culturalismo, del textualismo. Es decir, a todas aquellas reducciones de la comprensión o explicación de una problemática (ya sea cultural, de representación o de poder) a un aspecto o ámbito privilegiado, arrojando al mundo de la epifenomenalidad, de la irrelevancia explicativa, el resto de aspectos o ámbitos de la vida social. Desde los estudios culturales se busca superar los análisis reduccionistas que han convertido a la cultura como una variable sometida y dependiente de lo económico (como lo hacen las diferentes vertientes del economisismo), sin caer en el extremo de pensar la cultura como una entidad autónoma y autocontenida que se puede explicar exclusivamente en sus propios términos (como a menudo lo ha hecho la antropología). En general, desde estos encuadres reduccionistas la especificidad y densidad de lo concreto es dejado de lado pues sólo adquiere relevancia en tanto constatación (o no) de unos modelos teóricos que existen de antemano.

En oposición a este reduccionismo teórico, los estudios culturales se plantearían como un *contextualismo radical*, como una teorización de lo concreto, como una teoría sin garantías. Para Grossberg (1997: 253), incluso, este rasgo del contextualismo radical sería específico a los estudios culturales. El contextualismo radical es, ante todo, un tipo de pensamiento relacional que argumenta que cualquier práctica, evento o representación existe en una red de relaciones, por lo que no son anteriores ni pueden existir independientemente de las relaciones que los constituyen: “La noción de contextualismo en los estudios culturales es la idea de la relacionalidad, es decir, el postulado que la relación precede –es más fundamental ontológicamente– los términos de la relación” (Grossberg 2006: 49). De ahí que la categoría de contexto planteada en estudios culturales sea la de esta densa red de relaciones constituyentes de cualquier práctica, evento o representación. Esto supone alejarse de una noción de contexto como simple telón de fondo o el escenario donde sucede algo, para considerar el contexto como su condición de posibilidad.

Esta diferencia entre el contextualismo radical de los estudios culturales y otro tipo de aproximaciones como los estudios raciales, es identificada por Hall en su contribución al libro colectivo *Policing the Crisis* sobre la articulación entre racialización y pánico moral asociado al ascenso del neoconservatismo y el thatcherismo en la Inglaterra de finales de los años setenta. Unos estudios raciales (o unos antropológicos y sociológicos) no piensan a menudo en términos de formaciones racializadas sino que estudian el racismo en sí mismo, no hacen énfasis como sí se realiza en los estudios culturales en las articulaciones de lo racial con otros aspectos de la vida social y política donde se configuran la hegemonía y las disputas de poder a travesadas por las prácticas significación. Cómo desde la racialización de la criminalidad se puede comprender las

transformaciones en la reconfiguración de la hegemonía en una formación social determinada: eso es lo que permite el contextualismo radical de los estudios culturales.

Finalmente, es importante indicar que no hay que confundir el contexto con escala. El contexto no se refiere a lo micro o lo local, por oposición a una escala más macro o global (McCarthy 2006). El contexto lo constituyen el entramado de las relaciones (o articulaciones, si preferimos un vocabulario más técnico)⁵ constituyentes de un hecho (práctica, representación, evento...) que puede incluir relaciones de diferentes escalas, pero siempre referidas a lo concreto, es decir, a lo existente en un lugar y momento dado.

Los rasgos presentados definirían un terreno de operación dentro del cual se articulan diferentes vertientes de los estudios culturales. Con estos rasgos no se está definiendo unos contenidos, temáticas, autores o metodologías de investigación que garantizarían que las prácticas intelectuales que alguien adelante pertenezcan al terreno de los estudios culturales. Hacer estudios culturales no es simplemente citar a Stuart Hall (o a Foucault, Deleuze o Negri) ni recurrir a conceptos que comúnmente se asocian con los estudios culturales como los de hegemonía o articulación. Tampoco hay garantía de estar haciendo estudios culturales al estudiar la cultura (ni siquiera como proceso articulado a las transformaciones globales) o, incluso, las relaciones entre ésta con lo político o el poder. Estudiar una temática como ‘cultura popular, medios de comunicación, cibercultura, el capitalismo como hecho cultural o la globalización, tampoco implican que se hace estudios culturales. Adelantar un estudio empírico de lo concreto tampoco es suficiente para considerar que uno está se encuentra en el terreno de los estudios culturales. Menos aún asumir un compromiso político con sectores subalternizados como parte de la labor intelectual, o el de devenir en ‘gestor cultural’ enmarcado en las políticas culturales generalmente asociado a instancias o entidades gubernamentales. Los estudios culturales tampoco son definidos por las técnicas de investigación utilizadas: no es que si se recurre al análisis de discurso ya se está haciendo estudios culturales o, a la inversa, que si se utiliza la etnografía entonces no se puede estar adelantando estudios culturales porque eso sería necesariamente antropología.

Son las particulares amalgamas de los rasgos presentados las que nos plantean si una práctica intelectual se inscribe o no dentro del terreno de los estudios culturales. De una forma esquemática, estos rasgos pueden ser presentados en los siguientes términos:

1. Su problemática centrada en la imbricación mutuamente constituyente entre lo cultural y las relaciones de poder, lo que hace que no se confunda estudios culturales con estudios sobre la cultura.
2. Su enfoque transdisciplinario, derivado de una estrategia explicativa que cuestiona los reduccionismos que buscan explicar desde una dimensión o clivaje particular: el

⁵ De manera general, se puede definir articulación como una relación de una no relación.

culturalismo es un reduccionismo a la cultura, el textualismo es un reduccionismo a lo textual, el economicismo es un reduccionismo a lo económico.

3. Su explícita vocación política, en el sentido que lo que se busca con los estudios culturales no es simplemente producir mejor teoría para acumular conocimiento, sino que es un saber para intervenir en el mundo, para desatar relaciones de explotación, dominación y sujeción culturalmente articuladas. Esta vocación política no es un anti-teoricismo ni, mucho menos, una simple sustitución del conocimiento conceptual y empíricamente riguroso por la política.

4. Su contextualismo radical, que argumenta que es el estudio de contextos concretos la estrategia de método que define a los estudios culturales. Los contextos concretos no son un asunto de escalas (no se refiere a lo más micro y local), sino a comprender las articulaciones significantes y de relaciones de poder que han permitido la emergencia y particular configuración de una serie de prácticas o hechos sociales.

Disputas

En los puntos planteados hasta aquí se podría afirmar que no habría mayores diferencias entre los practicantes de los estudios culturales o, mejor, que estos puntos no provocarían una reacción tan airada como los que presentaré a continuación. Las disputas más radicales se encuentran en otros aspectos. En este aparte se abordarán aquellas que pueden tener mayor significado para comprender la especificidad de los alcances y límites de este campo. Sin lugar a dudas, el listado de debates puede ampliarse grandemente, pero la idea no es agotar todos y cada uno de los debates que se han suscitado, sino más bien con la identificación de unos centrales contar con elementos de juicio para densificar la caracterización de los estudios culturales que se ha planteado en el anterior aparte.

Genealogía/s

En cuanto a la genealogía de los estudios culturales se ha entablado una disputa. De un lado se pueden encontrar quienes le dan un gran peso en esta genealogía al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (*Center for Contemporary Cultural Studies*, CCCS) en la Universidad de Birmingham y a lo que, más generalmente, se conoce como los estudios culturales británicos. Del otro lado, están quienes consideran que es más adecuado pensar en múltiples genealogías (así no se hubiese apelado al nombre de estudios culturales) y que los estudios culturales británicos (y el CCCS) constituyen sólo una de ellas.

En la primera posición se ubicarían quienes esgrimen que los estudios culturales tienen un claro y único origen en las actividades intelectuales y en los personajes asociados al CCCS. Para ellos, los nombres de Richard Hoggart, Raymond Williams, Edward P.

Thompson y, posteriormente, Stuart Hall corresponden a los ‘padres fundadores’ de los estudios culturales. Sus ya clásicos trabajos⁶ perfilaron problemáticas constitutivas y aportaron a una identidad de los estudios culturales desde los años sesenta. Esto se encuentra asociado a la institucionalización con la inauguración del CCCS en 1964 bajo la dirección de Hoggart y, sobre todo, con la dinámica introducida por Stuart Hall como su segundo director desde 1968 hasta 1979.

Desde esta perspectiva, los años ochenta y noventa deben ser entendidas básicamente como las de la *internalización y expansión* de los estudios culturales, principalmente con su llegada y consolidación en los contextos norteamericano y australiano. La conferencia internacional titulada “Los estudios culturales ahora y en el futuro” (*Cultural Studies Now and in the Future*) realizada en abril de 1990 en la Universidad de Illinois, Estados Unidos, constituiría uno de los hitos más relevantes en esta internalización y expansión de los estudios culturales.⁷ Desde esta línea de razonamiento, el siguiente paso en la internacionalización de los estudios culturales lo constituye su expansión hacia regiones como Asia y América Latina a partir de la segunda mitad de los años noventa.

Quienes adscriben este modelo de internacionalización y expansión de los estudios culturales desde un núcleo originario (los estudios culturales británicos), no necesariamente consideran que estos se mantienen iguales en todas partes. Pueden perfectamente argumentar que en cada uno de los lugares a los cuales han “llegado”, los estudios culturales han evidenciado transformaciones e inflexiones que se corresponden con las características intelectuales e institucionales locales. La diferencia entre las distintas modalidades de estudios culturales existentes en el mundo se entendería, entonces, como adaptación e indigenización de un único núcleo originario. Para algunos estas diferencias habrían adquirido tal profundidad que hoy difícilmente se podría hablar de una especificidad de los estudios culturales en general (siendo solo posible para cada una de sus articulaciones locales), mientras que para otros mientras se hable de estudios culturales no puede dejar de existir una comunalidad que subyace a las múltiples diferencias garantizada por una identificación con el estilo intelectual y político desplegado por ese núcleo original.

Esta genealogía única de los estudios culturales, con un origen definido que se difunde cada vez más por el mundo entero, ha sido cuestionada por múltiples autores (dentro y fuera de los estudios culturales). Para estos, los estudios culturales británicos constituyen una tradición, importante sin duda, pero no la única ni la originaria de la cual se derivarían las demás. Así argumentan que en otros contextos sociales e intelectuales, como en América Latina, se han desarrollado tradiciones independientes de los “estudios culturales” (volveré más adelante sobre el debate de si es pertinente llamarlas así), anteriores incluso a los estudios culturales británicos. Por tanto, estas tradiciones latinoamericanas (o australianas, asiáticas o norteamericanas), no pueden ser entendidas

⁶ *The Uses of Literature* (1957) de Hoggart, *Culture & Society* (1958) y *The Long Revolution* (1961) de Williams, *The Making of the English Working Class* (1963) de Thompson.

⁷ De esta conferencia se publicó una compilación que se convirtió rápidamente en uno de los ‘clásicos’ de los estudios culturales Grossberg, Nelson y Treichler (1992).

como simples extensiones de los presupuestos y elaboraciones adelantadas por los estudios culturales británicos.

Desde esta perspectiva, entonces, habría múltiples genealogías de los estudios culturales y lo que en un lugar determinado se practica bajo el nombre de “estudios culturales”, responde a sus específicas trayectorias y tradiciones intelectuales en relación no sólo con específicos establecimientos académicos y articulaciones políticas locales, sino también con la geopolítica del conocimiento global. El enunciado de Jesús Martín Barbero (s.f.) de que “Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esta etiqueta apareciera”, captura elocuentemente esta posición. Desde esta perspectiva, la centralidad de los estudios culturales británicos en las historias y narrativas de los estudios culturales habría que explicar en términos de geopolítica del conocimiento. Por tanto, como lo argumentan Abbas y Nguyet (2004), se requiere provincializar y descentrar el modelo de los estudios culturales británicos para constituir unos estudios culturales realmente internacionales. Para este conjunto de autores, entonces, los estudios culturales deben ser comprendidos no como una única tradición, sino como una comunidad transnacional de argumentación en la cual confluyen diferentes locus de enunciación y tradiciones intelectuales.

Colonialismo intelectual

Una disputa cercana a esta de si existe una o múltiples genealogías de los estudios culturales, se ha establecido en torno a cómo interpretar el creciente interés en los estudios culturales en algunos países de América Latina y sobre la pertinencia o no de apuntalar la creación de programas de formación en las universidades bajo esta rúbrica, así como de la articulación de redes, eventos o publicaciones en estudios culturales.⁸ Al respecto, Daniel Mato (2002) ha argumentado cómo en muchos países de América Latina la importación de la etiqueta de estudios culturales en la creación de programas universitarios, en la realización de eventos académicos y publicaciones o como matriz de interpretación de lo que se produce en la región, implica no sólo la obliteración de la comprensión de las específicas relaciones de las prácticas intelectuales sobre cultura y poder con los procesos sociales desde los que han operado gran parte de los intelectuales en la región, sino que también es una expresión de un nuevo *colonialismo intelectual* de expansión del establecimiento estadounidense (en particular sus *area studies*) y sus principios de inteligibilidad y “políticas de la ignorancia”.⁹

El colonialismo intelectual asociado a la importación descontextuada a los países de América Latina de ciertas modalidades de estudios culturales (sobre todo de las versiones textualistas, *lights* y postmodernas estadounidenses de los departamentos de literatura inglesa o de los *Latin American Studies*) es una de las acusaciones más recurrentes por

⁸ Para un interesante debate al respecto, ver la introducción y los capítulos de Daniel Mato y Walter D. Mignolo en el libro colectivo editado por Walsh (2003).

⁹ El concepto de “políticas de la ignorancia” lo retomo de la discusión adelantada por antropólogos en la Red de Antropologías del Mundo (Ribeiro y Escobar 2007).

parte de diferentes académicos en el campo de las humanidades (Richard 2001) como de las ciencias sociales (Fallori 2001).

Frente a este tipo de argumentaciones, autores como Walter Mignolo (2003a, 2003b) han sugerido que frente a los estudios culturales en los países de la región debe diferenciarse entre los proyectos institucionales y los proyectos intelectuales. Los proyectos institucionales responden a las dinámicas y presiones del mercado y de las geopolíticas del conocimiento, por lo que no sorprende que en esta época de creciente injerencia del modelo corporativo del establecimiento académico estadounidense, en las universidades de América Latina se busque crear programas de estudios culturales. No obstante, los proyectos intelectuales que pueden operar bajo una rúbrica de estudios culturales no necesariamente tienen que responder a la importación de las agendas, autores y problemas de los *cultural studies* estadounidenses o británicos. Mignolo está pensando en ejemplos como el doctorado de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, cuyo proyecto intelectual ha sido el de la decolonialidad:

“[...] cuando desde América Latina se dice que los ‘estudios culturales’ son proyectos del Primer Mundo o de Estados Unidos, o imperialistas o como se quiera, se asume que junto con el nombre llegan también los proyectos intelectuales. Esto es, que aceptar el nombre es necesario también aceptar los proyectos intelectuales. Las cosas pueden sin duda ser así, pero no tienen que serlo” (Mignolo 2003b: 412).

Retomando la distinción de Mignolo y teniendo en mente la acertada crítica de autores como Mato, Richard y Fallori, uno se podría preguntar entonces si un proyecto intelectual inspirado en cierta vertiente de los estudios culturales (que podría llamarse coyunturalista y que se encarna en autores como Stuart Hall y Lawrence Grossberg) necesariamente implica una obliteración de las tradiciones y prácticas intelectuales locales sobre la relación entre cultura y poder así como si este proyecto intelectual puede operar en las ya existentes inscripciones institucionales (por ejemplo, solo en Bogotá ya existen tres maestrías en estudios culturales) como una intervención estratégica desde esta modalidad de teoría crítica para problematizar la creciente elitización, banalización y corporativización del establecimiento académico en gran parte de los países latinoamericanos. O, para plantearlo en otros términos, ¿acaso no valdrá la pena disputar los contenidos mismos de lo que se ha ido posicionando institucionalmente como estudios culturales y, desde ahí, el reacomodamiento elitista y el letargo político del establecimiento académico?

Equivalencia (o no) con teoría social y cultural contemporánea

Otra disputa se refiere a cómo situar a los estudios culturales con respecto a otras corrientes intelectuales que circulan en los establecimientos académicos como las teorías

postmodernas, la teoría postcolonial o los estudios de la subalternidad.¹⁰ Para algunos autores (que se imaginan dentro y fuera de los estudios culturales), existe una equivalencia de estudios culturales con las teorías postmodernas, la teoría postcolonial o estudios de la subalternidad (entre otras, como la teoría del sistema mundo, los estudios étnicos y las teorías críticas de lo racial). Para ellos, citar a Foucault, Deleuze, Derrida, Laclau o Negri y Hardt es, de entrada, indicador de que se está frente a una elaboración de estudios culturales (sobre todo si se usan palabras como ‘eurocentrismo’, ‘transdisciplinario’, ‘políticas de la representación’, ‘globalización’, ‘biopoder’, entre otras). Todas estas corrientes intelectuales y autores se confunden en los estudios culturales, los cuales serían una especie de gran sombrilla que los implicaría y reuniría en su seno. En esta posición uno se puede encontrar libros introductorios como el de Sardar y Van Loon (2005) donde prácticamente se hace la equivalencia entre estudios culturales y teoría cultural y social contemporánea. Edward Said con su trabajo sobre Orientalismo, Gayatri Chakravorty Spivak con su crítica a la autoridad intelectual y las políticas de representación del subalterno, los estudios de la subalternidad, la *teoría queer*, Donna Haraway y la globalización... todo cabe dentro de estudios culturales.¹¹

Algo parecido sucede para lo que se denomina estudios culturales latinoamericanos, aunque acá la equivalencia es entre estudios culturales latinoamericanos y teoría crítica latinoamericana. No son pocas las compilaciones y genealogías que suponen una equivalencia de los estudios culturales latinoamericanos con el grueso de los autores y elaboraciones críticas sobre lo cultural ya sea desde la región o por los latinoamericanistas (sean latinoamericanos o no) en el establecimiento estadounidense. Autores y elaboraciones tan disímiles como el cubano Fernando Ortiz de principios de siglo o las realizadas actualmente desde el establecimiento estadounidense por el argentino Walter Mignolo, desde peruano José Mariátegui hasta Nelly Richard, Néstor García Canclini o Jesús Martín Barbero... todos son englobados felizmente en la rúbrica de estudios culturales latinoamericanos. Incluso algunos alcanzan a considerar como estudios culturales intervenciones como la gestión cultural y cualquier tipo de la articulación con movimientos sociales (sobre todo con los étnicos).

De esta manera, uno se puede encontrar con propuestas definicionales de los estudios culturales latinoamericanos que los anclan, en una tersa línea de continuidad, virtualmente a toda la producción del siglo XX de la teoría crítica latinoamericana:

“Los estudios culturales latinoamericanos son, a nuestro entender, un campo de reflexión configurado desde la tradición crítica latinoamericana, que se mantiene en diálogo constante, muchas veces conflictivo, con escuelas de

¹⁰ Prefiero traducir *subaltern studies* como ‘estudios de la subalternidad’ antes que como ‘estudios subalternos’ porque no son subalternos estos estudios. Que se pretenda capturar la perspectiva del subalterno no es lo mismo que sean subalternos. Sobre esta discusión, ver Berveley (2004).

¹¹ Esto no solo sucede con este tipo de textos introductorios, sino también se puede encontrar tal supuesto de la equivalencia entre estudios culturales y teoría cultural contemporánea en el grueso de las compilaciones que circulan en la academia estadounidense. Ver por ejemplo, During (1993),

pensamiento occidentales como lo son el estructuralismo francés, el pos-estructuralismo y el posmodernismo; la lingüística, la antropología y la sociología de la cultura; la escuela de Frankfurt y la teoría de la recepción; la semiótica y el feminismo; y, más recientemente, los estudios culturales en sus vertientes angloamericanas. Paralelamente, la larga e importante tradición del ensayo de ideas en América Latina tiene mucho que ver con el trabajo que comienza con Bello y Sarmiento y aún no termina, si descartar los presupuestos encerrados en tendencias crítico-teóricas tan importantes como la crítica de la dependencia, la pedagogía del oprimido, la teología de la liberación o las teorías atinentes a la problemática cultural, como la transculturación o la heterogeneidad, variantes particulares más recientes de ese pensamiento” (Trigo, Del Sarto y Ríos 2003: 324-325).¹²

Para otros autores (ya sea dentro o fuera de los estudios culturales) no se pudo establecer una equivalencia entre estudios culturales con teoría cultural y social contemporánea. En primer lugar, y de manera general, porque diferencian entre estudios culturales y estudios sobre la cultura (como se expuso en anteriormente). En segundo lugar, porque es necesario comprender las específicas inscripciones históricas, epistémicas y políticas de las diferentes corrientes intelectuales. Así, afirman que confundir la teoría postmoderna con los estudios culturales (en Birmingham, por ejemplo) es evidenciar que no se han comprendido las trayectorias, supuestos e inscripciones de estos dos proyectos contradictorios. Quienes consideran que los estudios culturales como ‘postmodernos’ tienden a confundir, incluso, la teoría postmoderna con el postestructuralismo.

La teoría posmoderna puede considerarse como una inversión de los paradigmas modernos de explicación de lo social e histórico y de articulación de la política. Es la negación epistémica de las metanarrativas modernas sobre lo social, sobre el sujeto o la historia, donde las nociones de totalidad social y de determinación son radicalmente cuestionadas (Morley 1998). Por eso, para sus críticos la teoría postmoderna constituye otra metanarrativa en negativo (una anti-modernidad, si se quiere), una gran negación reactiva a cualquier posibilidad de pensar la totalidad social y cualquier principio de determinación. Todo está “libremente flotante” y cualquier entramado de identidad, institucional o de agencia social, no es más que algo arbitrario sin ningún punto de fijación o sedimentación que lo constituya.¹³

¹² Para más ejemplos de estas equivalencias, ver Trigo, Ríos y del Sarto (2004) o la introducción de Szurmuk, Mónica y Robert Mckee Irgwin (2009). El ejemplo más extremo de equivalencia entre estudios culturales y teoría cultural (incluso no necesariamente crítica), se encuentra en el libro compilado por Valenzuela (2003) para México. En oposición a este colapsamiento de los estudios culturales latinoamericanos en la teoría crítica contemporánea latinoamericana, John Beverley (2003: 336) distingue los proyectos intelectuales de (1) los estudios culturales donde encuadra el trabajo de Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero, (2) las diferentes vertientes de crítica cultural donde ubica los aportes de Nelly Richard, Alberto Moreiras y Beatriz Sarlo, (3) los de los estudios poscoloniales donde estaría Walter Dignolo, y (4) los de los estudios de la subalternidad donde por aquel entonces situaba su trabajo y el de otros como Ileana Rodríguez.

¹³ También debe tenerse presente que una cosa es teoría postmoderna, otra postmodernidad y otra postmodernismo. Sobre estas diferencias, ver Morley (1998).

El postestructuralismo, en cambio, es una corriente teórica que se asocia al ‘giro discursivo’ (es decir, que argumenta que el mundo está discursivamente constituido, pero que éste no es sólo discurso), a una redefinición de la agencia del sujeto y la destotalización de la noción de estructura. En este sentido, la teoría post-estructuralista ha cuestionado los modelos existentes de la subjetividad e identidad en tanto suponen la noción liberal burguesa del individuo autónomo que preexiste a las relaciones sociales. Específicamente, el postestructuralismo consiste en el conjunto de posibilidades analíticas que se desprenden del giro discursivo (que se diferencia del textual y del hermenéutico) argumentando (1) que la realidad social es discursivamente constituida (que no es lo mismo que decir que es sólo discurso ni, menos aún, que el discurso es igual al lenguaje) problematizando así la distinción ontológica entre lo real y la representación; (2) que los sujetos son productos de condiciones históricas específicas desde las cuales articulan su agencia, la cual no se agota en la reproducción de sus condiciones de su emergencia; y (3) la noción de totalidad social es solo provisionalmente cerrada y es un punto de llegada del análisis antes que uno de partida. Inspirado en la genealogía foucaultiana y el deconstructivismo derrideano (sin que Foucault o Derrida sean postestructuralistas en sentido estricto), el postestructuralismo es una ‘invención’ estadounidense elaborada en los años ochenta.¹⁴

De esta manera, aunque no pocas vertientes de los estudios culturales se alimentan del postestructuralismo, esto no significa que sean equivalentes al postestructuralismo y, mucho menos, a la teoría postmoderna. Es más, si los estudios culturales pueden resonar con aspectos del postestructuralismo y retomar sus contribuciones, el hecho de que estos sean anti-reduccionistas y una teorización sin garantías hace que sean incompatibles con la teoría postmoderna. En una palabra, en términos epistémicos y políticos la teoría postmoderna es inconmensurable con el proyecto de los estudios culturales. Por tanto, la expresión de estudios culturales postmodernos constituye un oxímoron.¹⁵

Los estudios de la subalternidad se remontan al trabajo de un grupo de estudiosos de la India a principios de los años ochenta que buscaban cuestionar las vertientes de la historiografía elitistas dominantes (tanto la colonial y la nacionalista) sobre su país desde una perspectiva que resalta la agencia de los sectores subalternos. Sus problemas por las fuentes, la representación del subalterno y los límites de la historiografía que atraviesan la experiencia colonial y postcolonial de la India son fundamentales. Influenciados, sobre todo en un comienzo por Gramsci y posteriormente por el postestructuralismo, se diferencia claramente de los rasgos de caracterización de los estudios culturales que hemos presentado en la primera parte de este artículo. Los estudios culturales pueden retomar algunas de las elaboraciones y problemáticas de los estudios de la subalternidad como lo de las políticas de la representación. Pero de esto no se sigue que los estudios de la subalternidad son necesariamente estudios culturales (o viceversa). En este sentido, John Beverley, una de las figuras fundadoras del Grupo Latinoamericano de Estudios

¹⁴ Para profundizar en la caracterización del postestructuralismo, ver Escobar (1999: 22-25), Gibson-Graham (2002) y Laclau y Mouffe ([1990] 2000).

¹⁵ Esto no quiere decir que no sea difícil encontrar académicos que se imaginan haciendo estudios culturales, pero que en la práctica están operando desde posiciones postmodernas contradictorias con lo que hemos argumentado constituiría la especificidad de los estudios culturales.

Subalternos, considera: “[...] en vez de pensar que los estudios subalternos son un componente dentro de los estudios culturales, sería más correcto decir que representan una manera alternativa de articular las preocupaciones de los estudios culturales” (1996: 9-10).

Algo análogo puede ser argumentado para la teoría postcolonial. Esta teoría se refiere a la experiencia colonial como estructurante tanto del colonizado como del colonizador, y esto no sólo en el pasado sino también en el presente. El colonialismo continúa teniendo efectos estructurantes de subjetividades, corporalidades, conocimientos, espacialidades y prácticas sociales. El trabajo de Edward Said, *Orientalismo*, constituye un referente fundacional de los estudios poscoloniales y de la teoría postcolonial. Autores como Franz Fanon son ‘redescubiertos’ e incorporados en las genealogías de los estudios poscoloniales. Nuevamente, no se puede confundir estudios culturales con teoría postcolonial, aunque ésta última haya sido inspiradora y sea apropiada por los primeros.

Textualismo

Otra de las disputas refiere a cómo se interpreta las inflexiones en los estudios culturales desde la teoría literaria. Para quienes se paran más del lado de las ciencias sociales, lo que ha sucedido con el ‘viaje’ de los estudios culturales británicos a los Estados Unidos a finales de los años ochenta y principio de los noventa consiste en una tendencia hacia su textualización, lo que ha implicado la paulatina pérdida de interés por “el control empírico y metodológico de sus afirmaciones” (Castro-Gómez 2003: 63) asociada a la creciente influencia de las teorías literarias del establecimiento universitario estadounidense. Con la fuerte influencia de los estudios literarios y de inglés en los Estados Unidos, dicen aquellos críticos, los estudios culturales se han textualizado, lo que en muchos casos ha significado: “[...] su despolitización, amplitud y la falta de rigor y seriedad metodológica [...]” (Walsh 2003: 23).¹⁶

Las críticas que sobre la textualización de los estudios culturales se pueden resumir en las siguientes:

(1) Una marcada despolitización puesto que lo político se circunscribe a la deconstrucción textual confundiendo cómodamente el análisis cultural con la intervención política. Lo político se circunscribe a un compromiso puramente textual que considera la mera lectura deconstructiva como forma más pertinente de política.

(2) Una academización expresada en la domesticación de los estudios culturales a los imperativos del establecimiento académico estadounidense del rápido ascenso en la carrera académica de sus practicantes desde prácticas del pública o perece, de los *ternure tracks*, de las disertaciones doctorales, donde prevalecen ejercicios reiterativos de

¹⁶ Del otro lado del espectro, esto es desde la teoría crítica literaria, se ha cuestionado que los estudios culturales han sido cooptados por las metodologías y agendas positivistas de las ciencias sociales (Richard 2001).

citación, de criptica y ‘fluida’ teorización con críticas y temáticas prefabricadas en el mundo de lo ‘políticamente correcto’.

(3) Una banalización de análisis centrados aspectos de cultura pop estadounidense (madona, por ejemplo) que se limita a establecer una semiótica o una pragmática de los significados de estos productos culturales, no en pocas ocasiones celebrando las posibilidades de ‘resistencia’ en la esfera del consumo.

(4) Una estetización, a menudo asociada con posiciones postmodernas, que “[...] convierten los estudios culturales en una metodología vacua para la lectura de los textos culturales que no tiene anclaje político real” (Agger 1992: 1). Las problemáticas de la identidad y la representación tienden a ser sobreenfatizadas desde una estetización en la cual hay una desaparición de cualquier referencia a la clase.

Institucionalización

Las implicaciones de la institucionalización de los estudios culturales han sido también un asunto de fuertes debates. Por un lado están quienes argumentan que la creciente institucionalización de los estudios culturales ha significado, en gran medida, el aborto de su proyecto político y posibilidades críticas. Los estudios culturales han terminado siendo apropiados por universidades y establecimientos (muchos de ellos de elite) cuyas agendas y ritmos responden más a los requerimientos de la burocracia académica que a intervenciones con algún tipo de relevancia en el mundo (académico y más allá de la academia): “Como un sitio institucional, los estudios culturales reinscriben los protocolos académicos y disciplinarios en contra de los cuales siempre han luchado” (Grossberg 1997: 234).¹⁷ De unos estudios culturales marginales fecundados por las labores de docencia de adultos y en un genuino interés por comprender mejor el mundo para intervenir sobre él en la Inglaterra de los sesenta y setenta, se ha pasado a unos estudios culturales como moda intelectual del establecimiento estadounidense atrapados por la práctica eufemística de lo políticamente correcto y de las políticas de la identidad fácilmente articuladas a posiciones postmodernas. De ahí que Beverley argumente: “Aquí aparece de nuevo el problema al cual me referí anteriormente: es decir, el peligro de que los estudios culturales en su inevitable institucionalización se conviertan en una especie de costumbrismo posmoderno” (1996: 13).

En Colombia, los estudios culturales se han institucionalizado en los últimos cinco años desde programas de maestrías en universidades élite (solo una de ellas es pública) en el marco de las políticas de ciencia y tecnología de la entidad gubernamental que se han posicionado en el país siguiendo estrechamente los criterios y formas de operación del establecimiento estadounidense. En términos generales, son pocas las experiencias e

¹⁷ En este sentido, Agger concluye: “[...] one wonders whether the cultural studies movement has not become simply another discipline or proto-discipline secure in its existence apart from other disciplines with which it shares space, resources and students in the contemporary university” (1992: 77).

intervenciones críticas dentro o fuera del establecimiento académico que de estos programas se han derivado hasta ahora ya sea por parte de sus docentes como de sus estudiantes y egresados. No parece ser este el caso de Ecuador, donde la Universidad Andina Simón Bolívar ha consolidado un programa de doctorado de estudios culturales con un componente crítico asociado al proyecto decolonial, siendo gran parte de sus estudiantes becados y provenientes de sectores mucho más populares.

Para otros autores, sin embargo, la institucionalización de los estudios culturales no implica necesariamente su despolitización ni su acomodamiento en el establecimiento académico convencional. Al contrario, la presencia de los estudios culturales debe leerse como la expresión de luchas que se libran al interior de la universidad y el aparato disciplinario por las prácticas de producción y control del significado: “[...] la institucionalización de los estudios culturales no conlleva necesariamente a su despolitización. Siendo la universidad un importante ‘aparato’ de producción de conocimientos, su función al interior de las estructuras académicas es muy importante” (Castro-Gómez 2003: 71).

Referencias citadas

- Abbas, Ackbar and John Nguyet Erni. 2004. *Internationalizing Cultural Studies*. London: Blackwell Publishers.
- Agger, Ben. 1992. *Cultural studies as critical theory*. pp. 75-92. London: The Falmer Press.
- Berveley, John. 2004. *Subalternidad y representación*. Madrid: Iberoamericana.
- Beverley, John. 1996. “Sobre la situación actual de los Estudios Culturales”, En: J.A. Mazzotti y Juan Cevallos (eds.) *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de Homenaje a Antonio Cornejo Polar*. pp. 455-474. Pittsburg: Asociación Internacional de Peruanistas.
- Castro-Gómez, Santiago. 2003. “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios”. En: Walsh Catherine (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos*. pp. 59-72. Quito: UASB-Abya-Yala.
- During, Simon. 1993. *The Cultural Studies Reader*. London-New York: Routledge.
- Escobar, Arturo. 1999. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: ICAN.
- Flórez, Alberto. 2000. “‘El nuevo proyecto de cultura’ y los estudios culturales” En: *Memorias del Simposio Javeriano sobre la Realidad y el Futuro de Colombia*. pp. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Follari, Roberto. 2001. Estudios culturales, transdisciplinariedad e interdisciplinariedad (¿hegemonismo en las ciencias sociales latinoamericanas?). *Utopía y Praxis Latinoamericana* 6.(14): 40-47.
- García Canclini, Néstor. 1997 “El malestar en los estudios culturales” *Fractal* (6): 45-60.

- Gibson-Graham, J. K. 2002. Intervenciones posestructurales. *Revista Colombiana de Antropología e Historia*. (38): 261-286.
- Grossberg, Lawrence. 2006. Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo. *Tabula Rasa*. (5): 45-65.
- Grossberg, Lawrence. 1997a. "Cultural studies, modern logics, and theories of globalization" In: Angela McRobbie (ed.) *Back to reality? Social Experience and cultural studies*. pp: 7-35. Manchester: Manchester University Press.
- Grossberg, Lawrence. 1997b. *Bringing it all back home. Essays on Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- Hall, Stuart. 1982. The rediscovery of "ideology": return of the repressed in media studies. En: Michael Gurevitch, Tony Bennett, James Curran y Janet Woollacott (eds.), *Culture, society and the media*, pp 56-90. Nueva York: Methuen.
- Hall, Stuart. 1996. "Introduction: who needs 'identity'?" En: Stuart Hall y Paul Du Gay (eds.), *Questions of cultural identity*, pp 1-17. Londres: Sage.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. [1990] 2000. "Posmarxismo sin pedidos de disculpas". En: Ernesto Laclau. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. pp 111-145. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Martín-Barbero, Jesús. "Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esta etiqueta apareciera" Entrevista Revista Diness.
- Mato, Daniel 2002. "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder". En: Daniel Mato (ed.), *Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder*. pp. 21-43 Caracas: CLACSO.
- Mattelart, Armand y Eric Neveu. 2002. *Los Cultural Studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- McCarthy, Anna. 2006. "From the Ordinary to the Concrete: Cultural Studies and the Politics of Scale" En: Mimi White y James Schwoch (eds.), *Questions of Method in Cultural Studies*. pp. 21-53. Malden MA: Blackwell Pub.
- Mignolo, Walter. 2003a. "Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales". En: Catherine Walsh (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*. pp. 31-57. Quito: Abya-Yala-UASB.
- Mignolo, Walter. 2003b. Los estudios culturales: geopolítica del conocimiento y exigencias/necesidades institucionales. *Revista Iberoamericana. Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI*. 49 (203): 401-415.
- Morley, David. 1998. "El postmodernismo: una guía básica" En: J. Curran, D. Morley y V. Walkerdine (comps.), *Estudios culturales y comunicación*. pp. 85-83. Barcelona: Paidós.
- Reynoso, Carlos. 2000. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una mirada antropológica*. Barcelona. Gedisa

- Richard, Nelly. 2001. "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana" En Mato, Daniel (ed.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. pp. 185-199. Buenos Aires: Clacso.
- Sardar, Ziauddin y Boris Van Loon. 2005. *Estudios culturales para todos*. pp. 25-38. Barcelona: Paidós.
- Szurmuk, Mónica y Robert Mckee Irgwin. 2009. Diccionario de estudios culturales latinoamericanos. México: Siglo XXI Editores.
- Trigo, Abril; Ana Del Sarto y Alicia Ríos. 2003. Presentación. *Revista Iberoamericana. Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI*. 49 (203): 323-331.
- Trigo, Abril; Alicia Ríos y Ana del Sarto. 2004. *The Latin American Cultural Studies Reader*. Durham: Duke University Press.
- Trouillot, Michel-Rolph. 2003. "Adieu, Culture. A New Duty Arises". *Global transformations. Anthropology and the Modern World*. pp. 97-116. New York: Palgrave McMillan.
- Valenzuela, José Manuel. 2003. Los estudios culturales en México. México: Fondo de Cultura Económica.
- Walsh, Catherine. 2003. *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región Andina*. Quito: Universidad Simón Bolívar-Ediciones Abya-Yala.